

A. COLÓN y G. COLÓN, *La enseñanza del latín en la Baja Edad Media*, Gredos, Madrid, 2003, 565 pp. ISBN: 84-249-2686-2.

El latín como lengua de cultura se mantuvo, pese al auge de las lenguas romances, durante mucho tiempo. En este sentido, como lengua de cultura —y culta— que fue, muchos escritores sintieron la necesidad de dar carta de ciudadanía a sus obras trasladándolas a ese idioma con el fin último de que tuviera un mayor eco dentro de lo que se ha dado en llamar para ese momento *res publica litteratorum*.

Buen ejemplo de este proceder es el libro que me propongo reseñar a continuación *La enseñanza del latín en la Baja Edad Media* debido a A. Colón y G. Colón, investigadores de amplia y reconocida experiencia, como demuestra la relación de algunos de sus trabajos que se encuentra en la propia bibliografía que acompaña al libro.

Dos partes diferenciadas son las que conforman el presente volumen, claramente definidas por la propia razón de ser de esta investigación, y que se especifican en el subtítulo de la portada, donde se lee «Estudio y edición sinóptica de las *variationes* de Fliscus, con sus correspondencias en italiano, español, catalán y francés».

En el «Estudio preliminar» los autores revisan la vida y obra de este autor, Stephanus Fieschi de Soncino, cuyo nombre latinizado es Sthephanus Fliscus. Pocos datos se tienen de este autor, que ni siquiera se ocupó de ofrecer en su producción referencia biográfica alguna.

Así entre las noticias aportadas se dice que se doctoró en derecho civil y canónico, algo muy usual en la época, pero que renunció a ello para dedicarse a la enseñanza de las letras. También fue rector hacia el 1453 del *Gymnasium Epidauri*. Sus *Sententiarum variationes*, según los autores, debieron aparecer antes de 1477, al contrario de lo que opina Firmin Didot, pues en ese año constan ediciones adaptadas de la obra en muchas lenguas romances e incluso en alemán. Se indica también que estas *Sententiarum variationes* eran «un breve manual para la enseñanza del latín a los jóvenes, basado en el principio de la sinonimia» y el método que se siguió consistió «en la redacción de una frases

breves en la lengua vulgar (en nuestro caso, el italiano) y en exponer varias maneras de expresarlas en la lengua del Lacio» (p. 13). Este procedimiento tuvo éxito en Europa y propició la aparición de otros manuales en los Países Bajos, Alemania, Francia o España.

En un segundo momento, se relacionan las fuentes consultadas, tanto para las diferentes lenguas románicas (italiano, castellano, catalán, francés) como para el latín, y se pasa a continuación a describir los diferentes textos, donde hay que destacar el doble texto que existe para el español y el catalán, destacando del texto latino su corrección y ciertos atisbos de elegancia.

Con todo este *corpus* los filólogos, como se dice, tienen todo un precioso material para realizar las comparaciones pertinentes. Los autores sólo se atienen a describir más a fondo las condicionales. En este sentido habría que decir que no hubiera estado de más llevar la comparación gramatical más allá y atender a otras construcciones como las completivas o las introducidas por conjunciones, abarcando de esta manera toda la gama de realizaciones sintácticas que serían, a buen seguro, las que más dificultad causarían a los jóvenes; los autores sólo hacen una mención bastante exigua de ello en un apartado que titulan «Fenómenos gramaticales varios».

Viene luego la comparación de los textos hispánicos, primero entre el texto de Torre y de Nebrija, en cuanto a identidad, manipulación de Nebrija y las diferencias morfológico-sintácticas y léxicas; y luego entre los textos catalanes de Amiguet y Esteve, y de Nebrija y Amiguet, donde abundan los ejemplos donde el gramático valenciano sigue al humanista de Lebrija, aunque hay algunos casos de originalidad por parte de Amiguet que los autores han podido percibir repasando los *Synonima variationum sententiarum*.

Una mención a los escasos ejemplos de antroponimia y sus adaptaciones romances, lleva por fin a aclarar los criterios de edición, en relación a las diferentes versiones romances y al texto latino (se parte como texto básico de la edición romana de Plannk). Atendiendo a este último, amén de corregir errores obvios y desarrollar las abreviaturas, se opera de acuerdo con el modelo clásico, en las oscilaciones de las gra-



fias *-c-* y *-t-* y con la *e* caudada, pero no con las grafías *v/u* o *il/j*; lo mismo sucede con la puntuación, donde dicen que observan «la puntuación en cuanto a la escasez de comas se refiere, sólo las indicamos cuando resultan imprescindibles. Sin embargo, en las notas al texto latino procuramos respetar la puntuación original. En cuanto a los signos de interrogación, los añadimos todos...» (p. 76). Realmente no se entiende este criterio de regularización a la norma clásica que afecta sólo a unos casos, donde por lo que he podido cotejar no sucede siempre. Por ejemplo, con respecto a la *e* caudada, parece que sólo afecta la regularización a las minúsculas, y no a las mayúsculas (en p. 244 se encuentran las formas *Etate*, *Etas*, *Etatis*...); incluso puede haber casos donde no se sabe si existió esa *e* caudada o realmente el diptongo *oe* como *foeliciter* (p. 257). Quizás, y ésta es mi opinión, hubiera sido más deseable hacer una transcripción

donde el lector pudiera percibir las fluctuaciones, que muchas veces dan cuenta de la tensión entre las grafías vigentes, corrigiendo sólo los posibles errores, o incluso manteniéndolos y señalándolos en nota. Así tendríamos idea del *usus scribendi* de la época, que traspasa cualquier escritura particular.

Finalmente viene el *corpus* de las variaciones y un aparato crítico que hubiera sido conveniente ponerlo a pie de página y no al final por la comodidad de ver al momento las divergencias textuales o los comentarios concretos.

No obstante, estas observaciones que no dejan de ser sino *desiderata*, el mérito de este trabajo es muy grande y es más dar a conocer y demostrar la vigencia del latín como lengua culta y elegante, lo cual, por sí solo, en los tiempos que corren es más que suficiente.

FRANCISCO SALAS SALGADO

